



“Los privilegios perdidos”

p. 153-158

José Rubén Romero Galván

*Los privilegios perdidos*

*Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza  
y su Crónica mexicana.*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

170 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 1)

ISBN 970-32-0690-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/419/privilegios\\_perdidos.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/419/privilegios_perdidos.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Los privilegios perdidos

Los nobles indígenas de la ciudad de México, después de la conquista, desde el siglo XVI hasta principios del siglo XVII, sufrieron una progresiva degradación de su *status*. Es posible distinguir tres periodos en este proceso que los condujo hasta su desaparición que se dio a través de una serie de severas confusiones con el grupo de los macehuales, a los que antes de la conquista habían gobernado.

El primer periodo corresponde a la realidad de ese grupo social antes de la llegada de los españoles. Su fin está marcado por la capitulación de Cuauhtémoc ante Cortés, el 13 de agosto de 1521. Fue la época del gran esplendor de la nobleza indígena. El poder y las riquezas que poseía y los honores de los que era objeto, marcaban la profunda diferencia que la separa del resto de la población. En la cúspide de la pirámide social, la nobleza ejercía funciones económicas, políticas y sociales que justificaban su elevada posición. En la conciencia del hombre prehispánico, sólo las divinidades se encontraban en un sitio más elevado que aquél que ocupaban los pipiltin. Tal era la situación de la nobleza.

El día siguiente a aquél en que cayó Tenochtitlan, comenzó el segundo periodo que se extiende hasta la década de 1560-1570. La nobleza indígena trató, durante ese tiempo, de sobreponerse a la ruptura violenta de las instituciones económicas, políticas, sociales e ideológicas que componían su mundo, causada por la conquista y sobre todo por la imposición violenta de un nuevo sistema. Este grupo buscó también los medios para colocarse en la nueva realidad a fin de conservar, al menos en parte, su antiguo *status*. Por otro lado, durante este periodo, las autoridades españolas solicitaron la ayuda de los miembros de la antigua nobleza indígena para hacer frente al serio problema que representaba el reducido número de funcionarios españoles, así como su desconocimiento de la realidad indígena. Es la época en la que se veía a los nobles ocupar puestos importantes en la República de indios. Es la época en que la nobleza en su conjunto fue objeto del reconocimiento de una serie de privilegios económicos, políticos y sociales que le permitieron continuar diferenciándose de los macehuales.

Es el tiempo también en que los jóvenes *pipiltin* eran educados en instituciones fundadas especialmente para instruirlos en los aspectos fundamentales de la cultura europea.

Pero este sitio intermedio en la escala social, entre el nuevo grupo dominante y los macehuales, sería provisional. La nobleza indígena estaba llamada a desaparecer. A medida que la administración colonial se fortalecía, el grupo noble se convertía en un elemento de más en el sistema y perdía su razón de ser. Poco a poco, la corona dejó de reconocerle sus privilegios: nuevas tasaciones le hicieron perder la posibilidad de, a través de tributos en trabajo, hacer productivas las tierras que poseía; las rentas y las pocas encomiendas que se le habían concedido comenzaron a disminuir bajo el peso de la nueva legislación, de innumerables ordenanzas y cédulas reales; los puestos políticos comenzaron a ser ocupados por indígenas extraños a la antigua nobleza que fue, por otra parte, testigo de la decadencia de un centro destinado exclusivamente a la instrucción de sus jóvenes: El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. He aquí cómo puede ser descrito el tercer periodo, el último, de la historia de la nobleza indígena. Fue una época en extremo difícil para los miembros de este grupo ya que vieron desaparecer toda diferencia entre ellos y sus antiguos macehuales. Este periodo comenzó hacia los años sesenta y duró hasta aproximadamente el tercer decenio del siglo XVII. Con este tercer periodo concluyó el proceso de disolución de la nobleza en tanto grupo social, que comenzó por un cambio violento de estructuras a raíz de una conquista.

Innumerables cartas —hoy guardadas en los archivos—, dirigidas al rey de España, al Consejo de Indias y a las autoridades coloniales, nos han ayudado a recrear esta historia. Dicha documentación contiene demandas de privilegios y mercedes hechas por la nobleza, que en muy pocos casos desembocaron en las concesiones de los privilegios solicitados; también en ella se guardan todas las quejas suscitadas por la progresiva degradación del *status* de los nobles indígenas. Cada carta es testimonio, por un lado, de la profunda ruptura del sistema que había provocado la conquista y, por otro, de las intenciones de quienes las escribían los cuales buscaban en la nueva realidad un lugar de acuerdo con su calidad de nobles descendientes de los antiguos *pipiltin*. Estos lazos de parentesco, que los vinculaban con la antigua nobleza, aparecen siempre como el argumento más importante en el que apoyaban sus demandas.

En ese contexto histórico, hubo algunos miembros de este grupo que se interesaron en preservar los documentos y las tradiciones donde se guardaba el recuerdo del pasado de sus ancestros. Fue así que

conservaron, copiaron y transcribieron sus antiguos códices. También escucharon y guardaron memoria de los testimonios de los viejos que habían conocido la realidad de antes de 1521. Asimismo, elaboraron nuevos relatos históricos, verdaderas síntesis, en las que incluyeron tanto información conservada en los antiguos códices, como los frutos de sus pesquisas entre los ancianos indígenas quienes siempre estuvieron dispuestos a transmitirles oralmente lo que sabían respecto del pasado. Con base en estos materiales, lograron recrear en sus obras, para la posteridad, el universo de antaño, desaparecido en 1521.

Los relatos que componen sus historias guardan un estrecho vínculo con el contenido de las demandas de privilegios y de las quejas que los miembros de la nobleza dirigieron a las autoridades españolas. Las crónicas escritas por los nobles indígenas proporcionan siempre elementos respecto tanto del papel desempeñado por la nobleza, como de la privilegiada situación que ocuparon antes de la conquista. Podría decirse que estos relatos históricos corresponden, por ello, a los argumentos sobre los cuales la nobleza indígena, ya en la época colonial, apoyaba las quejas y demandas, que tan reiteradamente expresaron, dada la pérdida de sus privilegios. Crónicas y documentos nos muestran lo que la nobleza indígena había sido antes de la llegada de los españoles y en lo que se había convertido bajo la administración virreinal. Nos muestran asimismo cómo ese grupo veía su pasado y cómo vivía la nueva realidad salida del violento cambio que fue la conquista.

Hernando Alvarado Tezozómoc era noble por los cuatro costados. Descendiente tanto por línea paterna como por su madre de la casa de los tlatoque de México Tenochtitlan, constituye un buen ejemplo de indígena noble del siglo XVI. Nació poco después de la conquista, se formó, como tantos otros jóvenes indígenas de su generación, en dos tradiciones culturales: la de sus padres y la de los conquistadores. Aprendió en los códices y en los relatos de los antiguos nobles la historia del pueblo de sus ancestros. Aprendió también el náhuatl, lengua en la que se conservaban estas tradiciones. Al lado de los misioneros tuvo acceso a la cultura europea, de la que se le enseñaron los aspectos fundamentales: la lengua castellana, su lectura y escritura, la religión cristiana y, muy posiblemente, algo de historia y geografía. Esta doble formación le permitió ocupar un puesto en la administración colonial y escribir dos crónicas concernientes al pasado de su pueblo.

Tezozómoc, noble al fin, sufrió la degradación de su *status* social. Si su padre había sido gobernador en Ecatepec y después en Tenochtitlan, con todos los privilegios que tales cargos traían anejos en el sistema virreinal del siglo XVI, él, por su parte, no pudo acceder más que

a un puesto de intérprete en la Audiencia de México, cuya importancia estaba lejos de concordar con la nobleza de su origen. Allí su tarea era traducir al español toda la documentación y los testimonios que los indígenas representaban ante la Audiencia en largos y complicados procesos. Tal cargo era, indudablemente, un punto de observación privilegiado para conocer los trámites y litigios que los miembros de la nobleza indígena llevaban a cabo y comprobar así hasta qué punto cambiaba la situación social de este grupo, dado el proceso de hispanización del sistema imperante. Tezozómoc tuvo pues conciencia de todos aquellos cambios que conducían a la nobleza indígena hacia su disolución.

La *Crónica mexicana*, escrita en español, y la *Crónica mexicáyotl*, en náhuatl, son testimonios elocuentes del interés que Tezozómoc concedía a la historia de sus ancestros. Redactadas entre el fin del siglo XVI y los primeros años del XVII, sendas historias son, indudablemente, fuentes importantes para el conocimiento del pasado de los mexicas.

Nos hemos aproximado a ellas no para recrear la historia antigua de México Tenochtitlan, sino para establecer los aspectos fundamentales de la visión que el autor tenía del tiempo pasado, que fue el de sus ancestros mexicas.

Los relatos contenidos en estas crónicas refiere el devenir de los hombres de Huitzilopochtli. Su historia comienza cuando, obedeciendo a su divinidad, salieron de Aztlan Chicomoztoc, para iniciar una larga migración a fin de encontrar el sitio, señalado por dios, donde debían fundar su ciudad. El mandato de Huitzilopochtli contenía la promesa de un futuro glorioso en el que los mexicas serían los amos de innumerables provincias situadas en los cuatro rumbos del universo, y les señalaba la guerra como el único medio eficaz para acceder a ello.

El análisis de las dos crónicas nos ha permitido descubrir que los relatos allí contenidos atañen más a un grupo social que al conjunto todo de los mexicas habitantes de Tenochtitlan. Los pipiltin, los nobles indígenas, ocupan siempre el primer plano en la historia que Tezozómoc recreó. El tlahtoani, rodeado por el cihuacóatl, los altos militares y los grandes sacerdotes, es siempre el principal actor de ese pasado en el que la guerra es un elemento primordial y en el que la gloria se vincula al nombre de México Tenochtitlan.

Los pipiltin mexicanos, tal como Tezozómoc nos los describe en sus obras, fueron excelentes guerreros: valientes, bravos, arrojados, crueles incluso. Conscientes de estas calidades, tuvieron siempre a la guerra como su principal ocupación. La actividad bélica fue, desde su salida de Aztlan, y por voluntad de su dios, “su carga y su oficio”, y

la identificaron siempre con el honor, la gloria y la riqueza. La historia de los mexicanos es pues la de una sucesión de campañas militares victoriosas origen de jugosos beneficios.

Las finalidades de la actividad guerrera de los mexicanos, tal como nos lo presenta Tezozómoc, están íntimamente vinculadas con dos niveles de la realidad. Los mexicas hacían la guerra para adquirir, a través de ella, las víctimas para el sacrificio, esto es, el alimento para los dioses. Esto relacionaba la guerra con el mundo de las deidades. Por otro lado, hacían la guerra también para acceder a los honores, el renombre y la riqueza. Dicho sentido atañe al mundo de los hombres.

Poco a poco los habitantes de Tenochtitlan conquistaron los estados ribereños, después las provincias más allá de las montañas que limitan el valle, hasta llegar finalmente a regiones que se encontraban en las costas. Dos siglos después de haberse instalado en México Tenochtitlan, los mexicas eran los amos de una gran parte de Mesoamérica. Su ciudad, a donde fluían tributos que provenían de las regiones conquistadas, era un centro rico y poderoso, como quizá Mesoamérica nunca antes había conocido. La promesa de Huitzilopochtli estaba cumplida.

Cuando los mexicanos se encontraban en la cúspide de su gloria, cuando eran pocas las provincias que les quedaban por ganar, aparecieron los presagios que anunciaban la inminente destrucción de su imperio. Poco a poco percibieron con claridad cómo la destrucción de su señorío se dibujaba en los tiempos por venir. Finalmente, cuando los españoles aparecieron, la realidad tomó el lugar de los augurios.

El relato de Tezozómoc, sobre todo en la *Crónica mexicana*, se caracteriza por una continua insistencia sobre las calidades guerreras de la nobleza mexicana, sobre la gloria de sus conquistas y el prestigio y los bienes materiales obtenidos en las campañas militares. El autor nos muestra a los nobles mexicas de la época de Moctezuma Xocoyotzin ejerciendo un poder ilimitado, poseedores de riquezas sin número y objeto de honores por todos reconocidos.

Esta realidad de antes de la conquista, tal como la describe Tezozómoc, presenta serias contradicciones con las circunstancias que correspondían a la época en que este autor vivió. Hemos podido observar cómo, después de la conquista, la nobleza indígena se degradaba a través de la pérdida de su poder, sus privilegios y sus riquezas. Esta dicotomía es en sí misma muy elocuente y de ella fue consciente el autor.

Tenemos pues, por una parte, un pasado, idealizado por Tezozómoc, en el que la nobleza había sido el grupo dominante, poseedor de todos los medios para justificar tal situación ante aquellos sobre quienes recaería su dominio, los macehuales. Por otro lado, hay un

presente, vivido por el autor, en el que esta misma nobleza trata de demostrar, ante un nuevo grupo dominante, que posee derechos para ocupar una plaza privilegiada en el nuevo sistema salido de la conquista. Ciertamente el sitio que se le había concedido en el sistema virreinal era muy inferior al que antes había ocupado y, a medida que dicho sistema se fortificaba, los nobles perdían importancia y poder. Sabemos que la historia prehispánica jugó un papel importante en las tentativas de justificación de los derechos para obtener los privilegios y cargos pretendidos por la nobleza indígena en el régimen recién instaurado, pero ignoramos si obras como las de Tezozómoc sirvieron adecuadamente a esos fines.

Tezozómoc escribió sus obras entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII, esto es, en la época más crítica del proceso de disolución de la nobleza indígena como grupo social. Fue sobre todo en la *Crónica mexicana*, aunque también en alguna medida en la *Crónica mexicáyotl*, donde Tezozómoc, sin recurrir nunca a la denuncia clara o a la queja expresa, sólo a través de un relato que da cuenta detallada de las innumerables glorias que distinguieron a su grupo en otro tiempo, plasma las peculiaridades de un pasado ideal, en el que la bravura que sus antepasados mostraron siempre en la guerra fue el origen de honores sin cuenta y grandes riquezas.

Ese pasado ideal contrasta con aquel presente que sabemos era en el que estaba inmerso Tezozómoc. Un presente en el cual la nobleza indígena, que antes de la conquista tanto se había distinguido, seguía un camino que la conducía a pasos agigantados hacia su fusión con el grupo que en otro tiempo había dominado. Así, detrás de la historia siempre gloriosa de los antiguos mexicas, ancestros del autor, se dibuja con claridad, por contraste, la degradación de ese mismo grupo, tal como nos lo muestran los litigios y las quejas que la nobleza indígena presentó, tratando de evitar su ruina, ante las autoridades españolas, desde el rey hasta los funcionarios locales y que actualmente se conservan en los archivos.

En la obra de Tezozómoc, detrás del relato de un pasado siempre mejor, se esconde una clara manifestación de la conciencia que este autor tenía del presente y el porvenir de su grupo. Un presente y un porvenir que correspondía a una realidad: la de un pueblo conquistado, cuya nobleza había perdido para siempre sus privilegios.